

Medio	EMOL - ECONOMIA Y NEGOCIOS ON LINE (STGO - CHILE)
Fecha	11/03/2017
Mención	Volver a empezar. Mención a Postgrados de la UAH (edición online).

Volver a empezar

sábado, 11 de marzo de 2017

Twittear

Texto, Soledad Salgado S. Fotografías, José Luis Rissetti.
Entrevista
El Mercurio

Fue en Perú donde dio sus primeros pasos como ceramista, pero en Chile donde marcó huella con la creación de la Escuela de Artes Aplicadas Oficios del Fuego. Quince años después, Simone Racz, luego del cierre del plantel, tiene nuevos proyectos en docencia, pero con la intensidad justa como para retomar su taller Rumi Maki y volver a crear con el corazón.

"Fue como un balazo, directo al corazón", dice Simone Racz. En 2015, la Escuela de Artes Aplicadas Oficios del Fuego, que formó y dirigió durante 15 años, cerró la carrera de cerámica, un quehacer al que Simone le ha dedicado más de 30, y que la ha llevado a ser reconocida a nivel nacional y en el extranjero. Problemas de financiamiento y desacuerdos entre los socios provocaron, incluso, que se incorporaran carreras ajenas al espíritu de la escuela, como Administración y Contabilidad. "Además, ellos querían cursos de 50 alumnos. ¡No se pueden estandarizar oficios que son tan complejos como la cerámica o la joyería! Tomé distancia... y, ahora, pienso que era un proyecto adelantado a los tiempos o que simplemente cumplió una etapa", dice.

Sería más bonito pensar que fue a destiempo.

-Claro que sí. Es que en Chile el tema técnico, y no solo en el ámbito de los oficios, no ha ocupado el espacio que debe. Cuando llegué a Chile hace 25 años, después de haber vivido en Perú por 12, la gente me preguntaba por qué tenía un taller, y hoy no hay taller que no cuente con uno. Para que se profesionalice la cerámica hay que formar técnicos, personas que puedan armar equipo contigo. Las 900 placas del mural de Pablo Walker las hicimos con un grupo de estudiantes de la escuela. Salió gente muy capacitada y con título reconocido por el ministerio.

"Profe, ¿cómo se va a ir para su casa?", le decían los alumnos. No querían que dejara la docencia. Perfeccionista, de sonrisa dulce y con un profundo amor por la enseñanza, según ella heredado de su padre, el artista André Racz -fue profesor por 33 años y honoris causa en Columbia-, sabía que no podía paralizarse. Así, hace un año se embarcó en Grisalla, un centro de educación privado, pequeño, junto a un equipo de profesionales, y que, por ahora, cuenta con una escuela de alta joyería. "No quiero repetir la historia sin saber si vamos a poder avanzar. Hay que ir de a poco". Asimismo, mantuvo la dirección general del Diplomado de Conservación y Manejo Integral de Objetos Patrimoniales de la U. Alberto Hurtado, y su trabajo como coordinadora del programa de recuperación de los moáis, en convenio con el Instituto Lorenzo de Medicis de Italia y Conaf Isla de Pascua. De hecho, viene bajándose del avión.

-Fuimos con un grupo a trabajar en la extracción de líquenes, un hongo que erosiona la piedra toba. Los alumnos, como siempre, fueron los guardaparques de Conaf, más dos familiares directos de la familia heredera del moái y 5 alumnos extranjeros del instituto -explica.

¿Sientes que con todos estos temas dejaste de lado tu taller?

-Mucho. Recién estoy volviendo. Lamentablemente perdí los espacios donde exponía, pero ¿sabes qué? Más que lo externo, la pérdida es acá adentro -dice tocándose el corazón.

Su taller Rumi Maqui, que en quechua significa "mano de piedra", es un espacio abarrotado de piezas en largas estanterías, conectado con su casa en Providencia, donde vive junto a su marido y dos de sus hijas. Desde allí han salido creaciones utilitarias para restaurantes como el Agua y Mestizo. Y ahí están, también, sus cerámicas turquesas que la convirtieron en pionera en Chile en el uso del color fuerte en el gris.

-Mi hermano, que era cineasta, un día me dijo: "Simone, ¿por qué crees que los platos y los tazones están en los museos? Porque representaron una cultura y la vida cotidiana". Uno tiene la idea de que el arte se separa de lo utilitario, pero he tratado de juntarlos; me interesa que la cerámica sea un objeto de uso diario. Pedro Ibáñez de Corpora me llamó, después de 18 años, para pedirme reposición de loza, lógico que comercialmente hablando no es bueno esperar tanto, pero es un gusto saber que puedes hacer una pieza utilitaria que es artística, creativa y que tiene calidad. Cuando trabajé con el restorán Matsuei en Perú, eran horas de reuniones con el dueño y el chef, sobre los colores de las preparaciones, el montaje, etc. Los japoneses entienden que la comida debe presentarse en un plato que a ti te den ganas de tocarlo para comérselo. Hay un valor agregado en las creaciones, que es tu propia mano.

¿Tienes algún proyecto personal ahora?

-Recién, después de 15 años, sentí que tenía la soledad suficiente para ver qué hacer. Estoy empezando a trabajar con la obra de mi padre, con sus trazos y dibujos sobre mi cerámica. En 2014 montamos una exposición con su trabajo artístico, me traje 1.700 kilos de obras que estaban en NY en una bodega, e hicimos un libro con la Fundación Procultura. Fue bien desgastante, pero pienso que, ahora, trabajar con su obra es un buen arreglo. Pronto lo voy a mostrar. Estoy tomándole el gusto a lo mío.